

PRIMER PREMIO**Autor: Ernesto Tubía Landeras****Esperando el milagro**

A JAVITO LE GUSTA EL TURRÓN DEL DURO. A su madre, no. Lo sabe. Se lo ha repetido en cientos de ocasiones, pero aun así se descubre caminando hacia el pasillo donde habitualmente el supermercado ubica todos los dulces navideños, desde los huevos de chocolate, a los mazapanes y bombones, y, por supuesto, la infinita gama de turrónes.

Mientras camina hacia allí con la cesta de la compra con poco más que dos manzanas y una pizza de tamaño pequeño, cavila sobre los excesos navideños y mira de reojo su barriga. Ese, otrora vientre plano, que en los últimos meses ha descuidado demasiado y comienza a poner a dura prueba las costuras de sus camisas. Incluso ha tenido que trasladar la hebilla del cinturón esos odiosos y mínimos centímetros que van de agujero a agujero, y que determinan la salubridad y atractivo de quien rodea su cintura con él. Aun así, esboza una sonrisa; puede estar cogiendo unos kilos, pero, a fin de cuentas, ya ha desprecintado la cuarta década, tiene mujer e hijo, un trabajo estable en la cámica del extrarradio, una hipoteca que le mantendrá enyugado hasta frisar la jubilación y un Seat Córdoba que terminó de pagar hace dos años, justo cuando el coche empezó a toser. Unos kilos de más parecen la consecuencia lógica de esa edad en la vida en la que se ha alcanzado el cenit, la consecución y desistimiento ante todo lo que serás y lo que nunca llegarás a alcanzar. Y, lo cierto es que no cambiaría su vida por nada ni por la de nadie, si eso conllevara una mujer y un hijo diferentes. No, su vida sencilla de obrero humilde es todo cuanto necesita. Bueno, eso y un par de tabletas de turrón del duro ...y a por ellas va.

Deambulando por la amplia hilera central echa de menos los villancicos que solían atronar en ese súper, invitando al consumismo exacerbado. Los ha relevado un silencio apenas quebrado por la veloz trompeta de Chet Baker. No es mala elección, pero sigue añorando esos villancicos que entonan con voces atipladas recurrentes estribillos de familias reunidas alrededor de la hoguera, peces que beben, dulces navidades y regalos ...muchos regalos para su hijo.

La revelación le ha sorprendido, curiosamente, junto al frontal de la nueva colección de SuperThings, esos pequeños muñecos de moda que Javito colecciona de forma compulsiva y que, qué raro, su mujer odia porque le atascan constantemente el filtro y el cepillo del Roomba, cuando lo programa para que barra el suelo de la habitación de su hijo.

Duda unos instantes. Le cuesta recordar cuáles de todos los muñecos, robots, vehículos, comisarías y demás elementos con los que se sangran los bolsillos de los padres, no tiene su hijo aún.

-Disculpe, señorita, ¿cuáles son los últimos que han recibido? Quiero unos que aún no tenga mi hijo. Se llama Javito y en un mes cumple cinco años -le dice a una joven uniformada, que repone un estante de libros infantiles de Gerorimo Stilton.

A la joven, apenas una adolescente a la que la infancia le espejea en el rostro en forma de pecas y labios púberes, se le ensombrece el semblante mientras avanza hacia el estante de los muñequitos de marras. Apenas mira a Julián, que espera impaciente la decisión de la joven.

Ella recoge un coche morado y amarillo, además de un blíster que contiene un laboratorio. Se los entrega rehuyéndole la mirada, con las mejillas tintadas de ese hermoso rubor que solo la inmortalidad propia de la adolescencia sabe imprimir en una piel lozana.

-Estos son nuevos -le dice con voz lacónica, mientras Julián recoge ambos juguetes sobre su pecho.

-¿Y no sabrás dónde está el turrón del duro? No lo encuentro. A mi mujer no le gusta que lo compre, pero a mi hijo le encanta y quiero darle una sorpresa a escondidas, que para eso es Navidad-canturrea Julián, con una sonrisa ensoñada que la joven víslumbra de soslayo, como si temiera contagiarse de la alegría que parece instalada a perpetuidad en ese hombre y que dista un abismo de ese mohín descreído que suele alicatar el rostro de los adolescentes, cuando creen que saben todo sobre la vida y se encuentran con una realidad que desconocían y que es capaz de desbaratarles.

-Sí, tenemos dentro, ya no lo ponemos fuera -recita la joven con un hilo de voz que apenas se alza por encima de la trompeta de Baker, ultimando los compases finales de «Almost blue»

- ¿Quiere que le saque una? -le pregunta, mirándole por primera vez a los ojos.

Con una sonrisa casi infantil, imaginando a su mujer enfurruñada, mientras Javito y él devoran una de las tabletas de turrón, Julián extiende dos dedos de su mano diestra. Un gesto que indica la señal de la victoria y que va a lograr llevarse a casa dos tabletas de turrón.

La joven camina hacia el final del pasillo y él aguarda allí, mirando los diferentes SuperThings, sudando al pensar cuánta parte de su salario es destinada a esos muñecos que, sin lugar a dudas, cuando comiencen a aburrir a Javito, acabarán exiliados al baúl de los juguetes olvidados. Ese cajón en el trastero donde se destinan los juguetes de modas pasajeras y aquellos con los que los Reyes Magos no atinaron, que suelen ser buena parte de los que decoran los albores del árbol de navidad, cada amanecer del seis de enero.

La reponedora llega con dos tabletas de turrón en la mano y se las entrega a Julián con prisas, media décima de segundo antes de regresar a sus que haceres, distribuyendo juguetes en los estantes. Como si la presencia de Julián le incomodara o le doliera sobremanera seguir conversando con él.

Sin ánimo para averiguar cuál de los dos sentimientos es que el que provoca en la joven y con unas ganas inmensas por regresar a casa, avanza hacia las cajas, paga en una de las automáticas y sale del súper hacia su casa caminando. Su piso se encuentra a apenas dos manzanas y ese paseo, con los muñecos y el turrón ondeando a su lado, sumergidos en la bolsa del súper—diez céntimos mediante—, lo emplea en fantasear en ese futuro sin bruma con el que uno sueña cuando ha alcanzado la plenitud de la vida. Envejecer junto a Carlota, viendo crecer a Javito hasta verlo convertido en un importante abogado, quizá veterinario, físico, periodista, o puede que jardinero, fontanero o pintor, incluso le gustaría que optase por hacerse escritor. Quién sabe. Incluso le haría ilusión que fuera... bueno, no, político mejor no.

Siente las miradas de la gente del barrio por la calle. Quizá le miren porque se le ve feliz, radiante, sonriendo a la vida por tanto cuanto le ha dado y que tiene su apogeo en Navidad; en esos días de recogimiento, abrazos, regalos y secuencias de sofá, en los que se siente más cerca aún de ellos, como si formaran parte de cada uno de sus latidos.

Saluda a Toribia, la frutera del puesto junto a su portal y ella le devuelve el saludo con un ademán de mano leve, casi imperceptible. Después, sube los dos pisos por las escaleras mientras silba un villancico, uno del que no recuerda el nombre pero que lleva tarareando en los estertores de cada año desde que era un crío.

Abre la puerta de su piso, pasa al interior y camina por el pasillo sintiendo como la alegría y la ilusión se desprenden de él, como si fuera una pátina descascarillada que se ahueca totalmente bajo una lluvia de realidad.

Cruza por la cocina y arroja los dos turrónes sobre la encimera, alfombrada por un sinfín de tabletas más. Pasa frente al salón, desierto. Y después, sin mirar hacia la puerta de su dormitorio, entra en el cuarto de Javito y coloca los dos SuperThings que le ha comprado en el supermercado de costumbre, sobre su estantería, junto a un sinfín de muñecos similares. Se sienta en la cama de su hijo y se va tumbando lentamente, como si la derrota de una vida que ha perdido su razón le fuera devorando desde dentro, robándole el aliento.

Se tumba completamente, enciende el móvil y retrocede en el WhatsApp hasta alcanzar el chat de su mujer; lo abre, la fecha de la última conversación es la del veintisiete de diciembre a las ocho menos cuarto, cinco minutos antes de que un tipo que se había pasado con el vino en su comida de empresa, decidiera cruzar borracho con su flamante BMW por el paso de cebra por donde Carlota y Javito regresaban a casa en ese momento.

«Cariño, ya vamos para casa. En media hora estamos allí. Si aún piensas en pasar por el súper te recuerdo que no le compres ningún juguete más al niño, que tiene muchos. Y que el turrón no sea del duro, que no es bueno para los dientes nuevos. No, me vas a hacer caso, ¿verdad? TQM»

Una lágrima se desliza veloz por la mejilla de Julián, mientras siente que su corazón se arruga, que se estremece con la cadencia que jamás hubiera deseado tomar, la del que late por mera costumbre.

Es octubre, han pasado diez meses desde la muerte de todo su universo. Y cada veintisiete, poco importa si de marzo, junio o septiembre, sale de casa convencido de que es diciembre después de leer el último mensaje de su mujer. Así, durante los minutos que emplea en comprar turrón del duro y los SuperThings de su hijo, siente que aún están a su lado, que vive una Navidad interminable y consigue que su vida sea algo más que transitar sin alegría por su propia existencia. Cuando regresa a casa empero, se estrella contra su realidad; esa a la que le condenó un conductor ebrio que no comprendió que las fiestas del amor, la amistad y la familia, no justifican los excesos. Sin embargo, a pesar del estrepito de dolor y realidad, sabe que el siguiente veinti siete volverá a leer el mensaje de su mujer, regresará al súper donde la reponedora de costumbre contendrá el llanto mientras le busca el turrón, y regresará a casa canturreando ese villancico de su niñez del que no recuerda el nombre. Porque siempre hay motivos para aferrarse a un sentimiento y, principalmente, porque la Navidad es el mejor momento, quizá el único, para esperar un milagro y que la alegría de Javito y el ceño fruncido de Carlota, le estén esperando en su hogar cuando regrese del supermercado.